Apuntes de memoria. Inéditos y cartas. 1938-1939-1940

Manuel Azaña

Pre-Textos. Valencia, 1990. 327 páginas. **Comentarios y notas a «Apuntes de Memoria» de Manuel Azaña y a las cartas de 1938, 1939 y 1940. Obras de Manuel Azaña. Bibliografía».** *Enrique de Rivas. 245 páginas. 6.360 pesetas ambos tomos*

Es asombrosa la unanimidad con que todos los periódicos han tratado, de forma tan destacada en el espacio como en el tino y el respeto, el cincuentenario de la triste muerte de Azaña. Tal parece que, cuando el país entero se abisma en una política tabernaria, hubiera un esfuerzo de recuperar para España un poco de altura, de dignidad incluso, dentro de nuestro pasado trágico. A los suplementos especiales de los diarios, a la exposición del jueves pasado en el Palacio de Cristal del Retiro, se suman ahora libros que complementan o llenan vacíos sobre la obra de Azaña. Lástima que los editores no hayan sido tan puntuales como los periodistas y los políticos.

Conviene señalar, a propósito de una exposición que lo es más de una época que de una persona, más de España, de una España, que de media, que pocas veces se ha hecho un esfuerzo tan poco sectario, desde que el felipismo llegó al poder, para tratar una figura sin recuperarla, porque aquí no se trata de repescar a nadie, sino simplemente de considerarlo. Y lo que José María Marco y demás responsables del evento han hecho es para quitarse el sombrero.

No es Azaña, ya digo, es una España, por desgracia y por siempre perdida, la que nos mira desde todos los rincones transparentes del palacio. Sólo hay que poner un pero: el apartado audiovisual: va uno tranquilamente, mirando un libro, una foto o una bandera, y de pronto, de una especie de cueva, salen grandes gritos llamando a la revolución social. Con imágenes propias de Oziga Vertov, o por lo menos de Eisenstein, se nos quiere presentar al intelectual, liberal y burgués que fue Azaña, algo así como el Lenin español, por si el escarmiento de Largo Caballero no bastara. Es el único lunar —perfectamente solventable con apagar el sonido— de un montaje de los que, sinceramente, harán época. Si Semprún se despide con esta exposición habrá tenido un adiós elegantísimo. Pero vamos a las letras y huyamos de los sonidos estridentes.

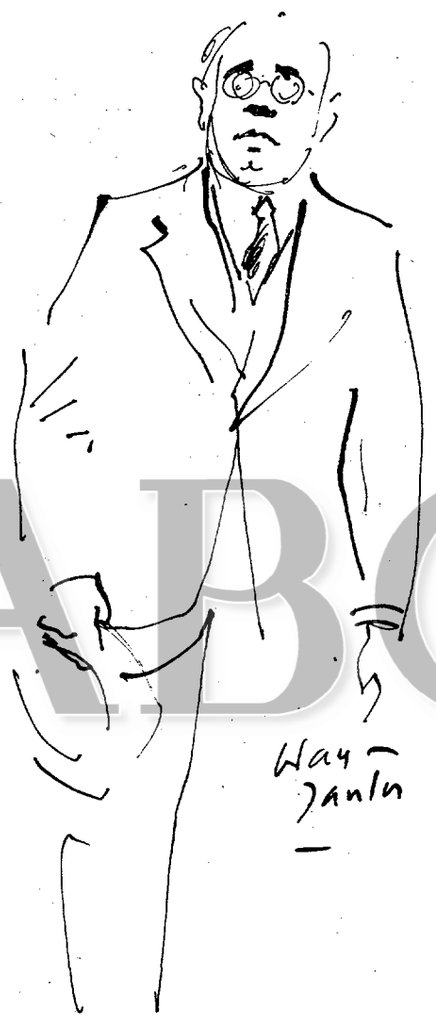
Esta misma semana, Mondadori saca a la luz un nuevo libro de José María Marco, una biografía excelente de Azaña, y la editorial Pre-Textos, de Valencia, que ya hizo una magnífica edición de la novela inédita «Fresdeval» —que comenté en su día en estas páginas—, acaba de publicar dos libros que, por su carácter histórico, y hermenéutico, acerca de las notas inéditas de Azaña que se encontraron en el 84, se impone analizar, o, al menos, reseñar.

Son dos los volúmenes primorosamente editados en los que se recogen, por un lado, las notas inéditas, los apuntes, puesto que Azaña tomaba apuntes que luego redactaba, pero nunca solía redactar directamente salvo en el género epistolar, y, en el segundo tomo, las notas, a su vez necesarias para comprender estos apuntes, tomados al paso en medio de la guerra, lo que certifica su premura y lo enigmático de muchas expresiones.

Sólo un hermeneuta, casi un egiptólogo del azañismo, podría haber realizado esta labor: Enrique de Rivas, con toda probabilidad el hombre que más y *mejor conoce* los textos de su tío, no en balde es hijo de Cipriano de Rivas Cherif, el gran amigo, luego cuñado, de Azaña.

Enrique de Rivas, poeta notable —recordemos «Tiempo ilícito», publicado en México—, tiene además de un exhaustivo conocimiento de la época y, naturalmente, de los personajes, una sensibilidad literaria que le permite captar el matiz, el detalle, la intención de cada palabra. Ya digo que sólo él podría haber realizado una obra así.

Para el lector común, este esfuerzo editorial tiene un inconveniente, y es que no se puede leer como una novela, no digamos ya como las «Memorias», como tal conocidas, de Azaña, que se leen de un tirón estremecido. Sin embargo, aparte de las cartas, todas ellas interesantes, a Domenchina, o Giral, o una tremenda a Luis Fernández Clérigo, hay en las notas mismas algo que para el amante de la poesía resulta irresistible: una invitación a la adivinación.



«Además de los historiadores, los amantes del drama histórico tienen tela que cortar. Más: la bibliografía sobre Manuel Azaña en el tomo de Enrique de Rivas es, sencillamente, apabullante»

Hay frases y descripciones en tres palabras que suenan como bofetadas de trescientas sílabas y, en conjunto, nos permiten completar un poco más el que sin duda es el monumento literario memorial más importante de la España de este siglo. Estos «Apuntes» llenan el vacío existente en las «Memorias»: desde febrero del 36 hasta los «Fets de Maig» del 37 en Barcelona, y desde diciembre del 37 a abril del 38. No rellenan el hueco, en el que faltan los famosos cuadernos robados de los que nada se sabe, pero, en fin, remedian algo esa carencia.

Para que no se crea que éstos son sólo libros egiptológicos, vean estos fragmentos:

«Asesinato de Alarcón. Mis gritos de indignación. Hubiera querido salvarle. Lo que me dice Osorio. La lógica de la historia. Todos los que fueron injustos han caído. Una nueva civilización. Mi negativa a aceptar sus puntos. —¿Qué nueva civilización? —Dentro de unos años no le importará nada de esto a nadie (...) Conversación con Just acerca del destino de Primo de Rivera. Con Funes, para que alargue el proceso. Cuando le telefoneo para lo del salvamento de Primo de Rivera [ésta es la prueba irrefutable de que Azaña lo estuvo intentando personalmente] me cuenta que acaba de enterarse de los 52 fusilamientos de Alicante. Lo de Murcia. El ejemplo y el estímulo de enfrente —Cifras: Badajoz, Sevilla, Navarra, La Rioja, Coruña, Palencia, Valladolid... No me consuela de nada —Abismo de odio y barbarie —Desconsuelo y hundimiento de mi pensamiento político —Razones y opiniones para gobernar.»

Pero a esta forma telegráfica de contar las cosas hay documentos distintos. En las cartas, Azaña cuenta así el trato que le dispensaron los supuestos defensores de la República: «Negrín se ha propinado la satisfacción de arrastrarme por el suelo. No considero ahora la parte personal del caso, es decir, todo lo que Negrín ha tenido que atreverse a olvidar y pisotear para atreverse a tanto. Aprecio únicamente el valor político del hecho. Resulta que "por haber faltado a mi deber" yo soy culpable de que se haya perdido la guerra... Negrín no ha tenido escrúpulos en faltar a la verdad (...) No voy a oponer aquí a las fantasías de Negrín un relato auténtico. El hecho impresionante, ya indeleble, es que ni Martínez Barrio, ni ninguno de los diputados republicanos presentes creyó oportuno oponer a las procacidades de Negrín y a las coces de la Pasionaria, no una defensa (que acaso fuera "anti-reglamentaria") del presidente, sino una salvedad, un recuerdo, una alusión demostrativa de que aquello no se aceptaba de plano. Albornoz los tuvo para Besteiro, y le alabo el rasgo, pero nadie los tuvo para mí (...) Por donde viene a resultar que en el último documento oficial de la República (por lo menos de los que se imprimen) queda, en memoria de mis servicios, de mis trabajos, de mis dolores como republicano y español, un discurso difamante, puesto por escarnio sobre mi enterramiento político.»

En fin, que, como ven, además de los historiadores, los amantes del drama histórico tienen tela que cortar. Más: la bibliografía sobre Azaña en el tomo de Rivas es, sencillamente, apabullante.

Federico JIMÉNEZ LOSANTOS

ABC (Madrid) - 10/11/1990, Página 59
Copyright (c) DIARIO ABC S.L, Madrid, 2009. Queda prohibida la reproducción, distribución, puesta a disposición, comunicación pública y utilización, total o parcial, de los contenidos de esta web, en cualquier forma o modalidad, sin previa, expresa y escrita autorización, incluyendo, en particular, su mera reproducción y/o puesta a disposición como resúmenes, reseñas o revistas de prensa con fines comerciales o directa o indirectamente lucrativos, a la que se manifiesta oposición expresa, a salvo del uso de los productos que se contrate de acuerdo con las condiciones existentes.